

POR LA VIDA Y POR LA CALLE

Imprevisiones fatales

LA imprevisión puede ser, en muchas ocasiones, causa y motivo de accidentes y hasta, en algunos casos, de verdaderas catástrofes. Sobre todo en la vida pública y en los lugares de afluencia de gente. Ha ocurrido infinidad de veces: locales de espectáculo donde no se han tenido en cuenta las necesarias condiciones de seguridad de los accesos y donde, por una alarma cualquiera, la gente se enrascima y se mata. Y así en multitud de casos. Por eso siempre hay que prevenirlo todo y prever todas las contingencias, hasta en lo más insignificante.

Sin embargo, no se hace. En muchos casos se prescinde de toda precaución, no se prevén las consecuencias, y ocurren lances desagradables y peligrosos, como el que acabo de conocer. Y es el siguiente:

En las obras de acceso a un barrio de Santa Cruz, ahora no recuerdo cuál, desde la autopista, se han estacionado algunos tractores y elementos de trabajo y, para separarlos de la vía de tráfico, se han colocado unas vallas, que no se señalizan por la noche, ofreciendo un peligro inminente y una verdadera amenaza para la circulación por aquella vía. Noches pasadas un chico que circulaba en una moto, sin poder ver dichas vallas por la citada falta de señalización nocturna, se estrelló contra ellas, resultando gravemente herido. Según me dicen, tiene una rodilla destrozada y aún no se saben las consecuencias que el hecho puede tener. Hay, como circunstancia curiosa y dolorosa, según me cuentan, el hecho de que este joven, con poco tiempo de casado, estaba en paro y esperaba empezar a trabajar en los primeros

días del mes próximo. Ahora no podrá hacerlo, y no sabe si podrá conservar el trabajo hasta que se cure, cosa seguramente de varios meses, por lo menos.

Y todo esto por una falta de previsión. Por un señalamiento nocturno que no se ha hecho y que, en un caso semejante, sabemos que también ha dado lugar a otro suceso similar en otra carretera de la isla hace pocas noches.

¿Es posible que esto ocurra? ¿Quién es el responsable de las consecuencias de estos sucesos? ¿El contratista o responsable de los trabajos que se realizan y de las obras con la colocación de vallas no señalizadas? ¿El director de las mismas? ¿El organismo que las realiza? No sé. Pero algún responsable tiene que haber. Y el pobre muchacho, víctima de un descuido imperdonable, tiene que ser indemnizado debidamente. ¿No es justo?

Aparte de este hecho, que hay que solucionar ahora, en este caso concreto hay que evitar que la cosa se repita, como parece que se ha repetido en estos días. Ninguna obra de este género debe autorizarse ni realizarse sin que se adopten las necesarias medidas de seguridad. Y una de las principales es el señalamiento nocturno, por medio de luces, que avisen de la presencia de vallas u obstáculos que se opongan al paso.

Esperemos a ver cómo se resuelve el caso presente. Los perjuicios sufridos por este joven son manifiestos y graves. ¿Quién va a responder de ellos? Lo menos que se puede hacer es reparar, como sea, los daños causados por una culpable imprevisión.

Antonio Marti

Buenos y malos

CON la muerte de Rudolf Hess los medios de comunicación han recordado muchas escenas de la vida de este personaje y la causa política que le hizo víctima de prisión durante 40 largos años. No han faltado las evocaciones de momentos emotivos de la marcialidad y de la ideología que movió a tantos ciudadanos de Alemania de cincuenta años atrás. Las ideas sobre un determinado tipo de persona, con un «espíritu» y un estilo de vida, impregnó a muchos ciudadanos que, incluso, les gustaba tanto que entraban, con ilusión, a formar parte del juego de los «héroes».

Pero toda heroicidad bélica supone eliminar al enemigo, y si el modo de hacerlo es espectacular, incluso te conceden una medalla. La estética de la muerte, tantas veces alabada en la filmografía de «policías y ladrones», se ha enraizado tanto en nuestra sociedad que se ha convertido en una especie de fuego sagrado y, ya desde pequeños, a la gente se la acostumbra a verla con buenos ojos.

Esta valoración despreciativa de los enemigos y de sus vidas hace pensar en el drama esquizofrénico que tantas veces se ha visto en la imagen fotográfica de Hitler, secándose las lágrimas

cuando unos niños le entregaban un ramo de flores y simultáneamente, por otro lado, ordenaba la matanza de los judíos —niños incluidos—; o bien cuando la filmografía muestra con engaños éticos a las novias o esposas de los «buenos» con sentimientos, y cuando mueren los «malos» no hacen sufrir al espectador y los sentimientos de las familias de los «malos» se pasan por alto, dando a entender que es el fin merecido.

Quizá se ha llegado tarde para poder curar esta esquizofrenia —la enfermedad de la división interna que vive la persona— de utilizar la bandera de la obra buena subjetiva y cometer, simultáneamente, una acción sangrante tapada con la frialdad de la obstinación. Se llega a tener por bueno un acto de terribles consecuencias, como es la eliminación de una vida. ¡Cuántas veces, en este macabro juego de contrasentidos, los «malos» de la película de la vida pueden incluso ser los «buenos»!

José M^a. Forcada (Del Ambito María Corral)

Se requiere MEDICO COLEGIADO (Medicina General) para consulta semanal en Instituto Capilar Llamar a Tfno. 278608 preguntando por Srta. M^a José Aparicio

CLASES DIBUJO Y PINTURA DIBUJO TECNICO

CORCHOS

Para aislamiento, parquets, revestimiento, decoración.

DISTRIBUIDORES MAYORISTAS: NIMEX, S.L. C/ Fermin Morin, 21-1 (Isla cine Yaiza Borges) Tfnos. 221640/41. SANTA CRUZ

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

Un viejo y fiel amigo del puerto

EN Santa Cruz, ciudad marinera por excelencia y de muy amplia tradición, son muchos, muchos, los que bien llevan en la sangre toda la mar y los barcos. De todos ellos, don Cristóbal González Bento fue la persona más enamorada, más compenetrada con el pulso y latir del puerto de Santa Cruz, del de la Isla toda.

En su larga vida, este puerto nuestro y sus problemas —el puerto y los barcos— fue preocupación constante para don Cristóbal, preocupación que, por todos los medios a su alcance, nos comunicaba y contagiaba. Y es que él pertenecía a aquella generación de santacruceños que se trazaron una meta en el tiempo y, con decisión y empeño —con férrea voluntad— fueron a lograrla. Y no sólo la consiguieron sino que, además, la rebasaron.

Su buena amistad la heredé de mi padre. Bien recuerdo cuando, niño aún, en el entonces amplio mirador de la calle de la Marina, ambos se encontraban a diario y, con lento paso de paseantes, se dirigían a su diaria labor. Yo les acompañaba y, luego, en los momentos de pausa, él me hablaba y hablaba del puerto que fue en sus años de niñez y pequeñez, del que entonces era y del que él soñaba para su Santa Cruz.

Los años pasaron. Y yo también soñé en el puerto que ya no era —en el que yo no conocí y

él sí— pero, con más cariño, me fue imponiendo, guiado por su experiencia y sus años, en el puerto que nuestra ciudad, nuestra Isla toda, necesitaba. Recuerdo también una de aquellas largas enfermedades infantiles que don Cristóbal supo alegrar con un buen regalo de libros y folletos que trataban del mar y los barcos. Y muchas veces me he preguntado —y siempre contestado afirmativamente— si allí, en la inmovilidad forzosa que la enfermedad imponía, si aquellos libros, todos buen consuelo, fueron al propio tiempo el inicio de esta mi hoy dedicación a los temas de la mar.

No pude ser marino. Y él me consoló, con aquel su hablar pausado, al decirme que tampoco vio sus ilusiones juveniles cuajar en la misma realidad que yo anhelaba. Pero que, sin embargo, lo que no pudimos lograr en la mar —ese afán infinito de ideales— bien podía conseguirse en la tierra.

Mucho me habló don Cristóbal, y siempre con nostalgia, de los Amigos del Puerto que, bajo la presidencia de don Cándido Luis García Sanjuán, tanto lucharon por el puerto de Santa Cruz. Allí, y siempre de acuerdo con las opiniones de don Leoncio Rodríguez y don Víctor Zurita desde «La Prensa» y «La Tarde», mucho y bien se trabajó por el futuro del puerto de Tenerife, por el que otras muchas personas —don Belisario Guime-

ra, don Andrés Arroyo, don Miguel Pintor, etc.— también siempre lucharon.

Don Cristóbal —y esto lo saben cuantos le conocieron— sentía el puerto, le dolía el puerto tal y como a Ortega le dolía España. Y es que el recinto portuario era, sin duda, su alegría, su meta diaria. Allí estaba al clarear el día y, muelle Sur abajo, se recreaba ante los barcos nuevos al tiempo que, con nostalgia, recordaba la historia de los que, cargados de años y recuerdos, traían a su mente épocas ya idas para siempre. Por la tarde, era la calle de la Marina su lugar preferido; allí, en aquel mirador antes abierto a la mar, le conocí y, desde allí, diariamente, con mi padre seguíamos en dirección a la Alameda para, por la calle de la Caleta, llegar a la Plaza de la Iglesia. Allí, en la vieja casona, en el mismo viejo despacho de mi abuelo, don Cristóbal desgranaba el rosario de los recuerdos, continuaba su tema que, poco a poco, me llegó al alma. Y en ella aún permanece.

El niño se hizo hombre y, con aquella su caballerosidad, don Cristóbal cambió el tú por el usted. Nunca pude lograr que volviese al mismo tratamiento de los años niños pero, de todas maneras, nunca disminuyó su afecto y amistad. Fue el amigo que primero acudió con su consuelo y consejo en los momentos de dolor, aquellos momentos tristes que marcan el fin de la existen-

cia de un ser querido. Ni la enfermedad le retuvo en tales ocasiones, en las que, lo reconozco, su presencia y entereza apuntalaron mi espíritu. También me acompañó en los momentos alegres de la vida, momentos en los que mi alegría fue la suya, al igual que, a su muerte, el dolor de los suyos fue el mío.

El puerto de Santa Cruz fue —repto— la ilusión y alegría de don Cristóbal. Ultimamente, cuando ya los años dejaban sentir su peso y su paso, el diario paseo de don Cristóbal era hasta Paso Alto. Desde allí dejaba resbalar su mirada por la cada vez mayor extensión del Atlántico que los brazos de piedra remansaban. Vio convertirse en algo tangible la mayoría de sus sueños; aquellas suposiciones, basadas todas en la diaria observación de la problemática portuaria, llevaban tan clara señal de lo perfectamente factible que —y de ahí su alegría— la técnica, por otros caminos, las hizo realidad.

Sepamos recoger y acoger el buen recuerdo de quien, fallecido hace años, fue hombre sencillo y observador, hombre que, con mirada aguda, tanto bajo la fría lluvia del invierno como la fría vertical y ardiente del verano, contemplaba el puerto de Santa Cruz. Le dolía el puerto, de la misma manera que ahora —cuando le recordamos— nos duele, honda en el alma, su desaparición.

Juan A. Padrón Alborno

BUENOS DIAS

Cuando todos «somos pobres»

LOLA FLORES ha dicho en una rueda de prensa, convocada en un hotel madrileño —aquí todo se quiere resolver con ruedas de prensa—, que no es «ninguna palurda», que sabía que tenía que pagar a Hacienda, pero «he ido retrasándolo, porque nunca he tenido en el Banco más de tres millones de pesetas». La Lola, que entró en el salón donde le aguardaban los periodistas, «pañuelo en mano» (antes se entraba en España «sombbrero en mano»), lo que quiere decir que iba dispuesta a llorar, espetó a los informadores: «Soy una trabajadora, una currante de lujo y mi único fallo ha sido ir retrasando el pagar, porque no sabía que me iban a tratar como un conejillo de indias, y ahora mi moral y mi raza de artista han quedado por los suelos».

La verdad es que si no fuera porque la propia «Faraona» reconoce que en sus días se embolsó esos 58 millones de pesetas, de los que quiere el tanto por ciento correspondiente el Fisco, era para darle a uno pena, pero es que doña Lola no niega nada, sino que lo que hace es disculparse de que fue retrasando lo que sabía que tenía que hacer, porque, como ahora confiesa con cierto orgullo, «no es ninguna palurda». No le justifica, por otra parte, nada el decir que ella es «una trabajadora, una currante», porque no negamos que lo sea, pero es que todos los demás lo somos también, y sin ver esos millones ni por el forro. A mí me recuerda Lola Flores a aquella señora que, también para justificarse ante Hacienda, decía:

—Pero, ¡si yo soy una pobre! Si en mi casa somos todos pobres. Son pobres los dos mayordomos y los tres camareros. Es pobre el cocinero, así como los pinches de cocina. Son pobres no sólo el chófer del «Mercedes», sino también los del «BMW» y del «Ferrari». Son pobres el ama de llaves y las cinco mujeres de servicio; en fin, que

misma rueda de prensa: «voy a escribir un libro sobre los momentos que estoy pasando y sobre mi otro yo». ¿Su otro yo? Y uno se pregunta: bueno, ¿y no habrá sido ese «otro yo» de la Lola, el que le ha hecho la jugada y ha ido haciendo que se retrasaran los pagos, para poner a la «bailaora» en la situación en que ahora se encuentra; una situación embarazosa que le va a obligar a escribir un libro. Decisión que, por otra parte, suma en la duda al lector corriente y moliente, porque, con un poco de lógica, puede preguntarse: Entonces, cada vez que don Camilo José Cela escribe un libro ¿es porque Hacienda le ha hecho un «pressing» para que pague sus atrasos o porque su «otro yo» ha tenido un mal comportamiento y ha dicho algunas palabrotas, cosa que no debe ser extraña en el «alter ego» de don Camilo?

En fin, no es que uno se alegre del mal trago que está pasando actualmente la Lola de España, ni mucho menos, pero con-

sidera que tampoco es para que su caso se convierta en una tragedia nacional en las páginas de los periódicos. Aquí, el que más y el que menos, pasamos cada año nuestros apuros para reunir lo que tenemos que entregar al Fisco, y sin disponer ni de contratos ni de nóminas de millona-

rios, y jamás nos han dedicado en los medios de comunicación una línea, diciendo, aunque sólo fuera: «¡El pobre!». Y puede que hasta alguno haya cascado de infarto, y ni siquiera han tenido la delicadeza de ponerle una es- quela.

Florilán

¿Qué es un Clavinova?

Es el nuevo logro musical de YAMAHA

Un piano de tecnología digital, con sonido y pulsación de un piano de cola.

Infórmate

musicGenarios S.L.

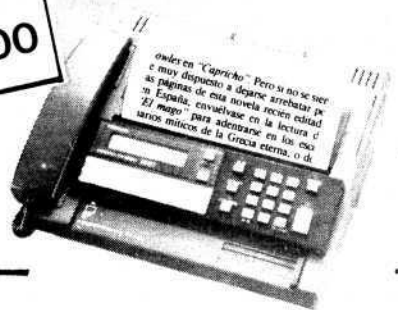
RAMBLA DE PULIDO, 60 Tfnos: 2706 09-2877 53 SANTA CRUZ DE TENERIFE

Telefax TOSHIBA

Características:

- Fotocopias, Telefax, Teléfono (12 memorias) Papel térmico, sin tinta. Din A4 y otros.

P.V.P. 319.900



Servicio y Asistencia en plaza 6 meses de garantía * Hasta 3 años de crédito



BASIC EN EQUIPOS DE INFORMÁTICA

Santa Cruz: Emilio Calzadilla, 8 Locales: 2 10 11 Tel.: 28 87 57 Rambla de Pulido, 37 (frente Caja Rural) Tel.: 28 80 11 San Isidro Granadilla: Centro Comercial Ucanca, Oficina 1 Tel.: 27 27 27 Puerto de la Cruz: C. San Felipe, 44 Tel.: 38 16 64